EN LA MUERTE DE CARLES RIBA

No siempre el vacío que se dice que deja un escritor al morir es tal vacío. Pero en el caso de Carles Riba y en la Cataluña actual, ese vacío es inmenso, palpable, hoy por hoy irrellenable. Es difícil explicar la suma de factores complejos que hicieron de Carles Riba una figura grande—literaria y socialmente—en Cataluña. Algún día, menos reciente su muerte y con mayor libertad de análisis de la sociedad, habrá que estudiar, en todos sus aspectos, la figura literaria y social del Riba de estos quince últimos años. Hoy no me atrevo más que a intentar una síntesis de lo que Riba quiso que sus libros fueran, es decir, como un resumen de su poética.

LA PALABRA

No es de extrañar que Riba, como lingüista que es, aborde la investigación de la poesía por el estudio de la palabra. Para él, la palabra es expresiva de por sí. Ahora bien: puesta en contacto con otras adquiere sentidos inesperados que no dependen tanto de las que la acompañan como del momento en que es dicha y del lugar que ocupa. Labor primaria del poeta es, en consecuencia, ordenar las palabras dentro de un sistema, de tal modo que nunca se entorpezcan unas a otras. La palabra, pues, tomada aisladamente y confiada a unas relaciones directas con otras palabras, es un elemento primordial de la poesía y sugiere un origen lírico "que es la más genuina expresión del valor poético de cada época y de cada país."

DE LA PALABRA AL POEMA

A partir de la palabra plena, dotada de todo poder, se inicia la realización de la poesía: el poema. Uno de los poderes de la palabra es la música, con la que está ligada toda la poesía lírica. En este sentido, y aprovechando una cita de Walter Pater, define Riba—en *Escolis i altres articles* (1921)—su posición en el debatido tema de la materia y la forma. Dice Pater que "todo arte aspira constantemente a la condición de la música. Porque mientras en todo otro modo de arte es posible distinguir materia y forma, y el entendimiento puede hacer siempre esta distinción, en todos los casos, también, el arte se esfuerza constantemente en anularla". La forma, pues—dice Riba—, tiende a ser fin en sí misma y es así como se acerca a la musicalización. Ahora bien: el secreto de la musicalidad de que está dotada la poesía lírica ha de buscarse, antes que en una cierta vaguedad del tema lírico, en la misma disposición rítmica de las palabras y en el aprovechamiento de sus elementos musicales. Y precisamente a través de esos elementos que para entendernos llamamos musicales, la materia se identifica, se funde con la forma.

Aquí aparece el ritmo. El ritmo es el orden mismo, es la conciencia de la obra. Él la informa en el verso, primera unidad poética irreductible. En cuanto a la rima y a la aliteración, no son otra cosa que ele-

mentos del ritmo. La rima es una contención que defiende al verso en su parte más débil, hacia el final. Ella acentúa la memoria, para que no se disuelva arrastrada por el movimiento del poema en su excesiva fluyente materia.

EL POEMA

La poesía, sin el poema, es un flujo, una fuerza, pero aún no es obra. Generalmente, el primer verso de un poema es un don que causa sorpresa y maravilla. Pero este verso, para que sea realmente verso y poesía, extiende más allá de él mismo su poder y multiplica su fuerza al aparecer armado de una "exigencia de continuidad". Esa continuidad es el poema.

Lo que en primer lugar distingue el poema auténtico del inauténtico es su inalterabilidad. Un poema no puede explicarse. Sus palabras no son intercambiables con otras. "Su canto no puede ser traído más acá de las nociones e imágenes que conlleva, porque precisamente su cometido es llevar al lector más allá de aquéllas, por el camino de una voz insustituíble."

Ahora bien: inautenticidad puede existir tanto en el poeta como en el lector. Entonces, el proceso de creación de un poema se descompone en dos partes: la elaboración del contenido y el revestimiento de este contenido por la forma. La autenticidad, en cambio, se revela en el nacimiento del poema de una condición musical, esto es, en primer lugar surgen canto y movimiento, verso, realidad del lenguaje, y luego, surgiendo de esta realidad, "como la luz por un conjuro mágico, un contenido primordial".

EL LENGUAJE EN LA POESÍA

El verdadero lenguaje poético nada tiene que ver con el lenguaje práctico, cotidiano o doméstico, aunque emplee palabras que ortográficamente sean iguales. La voz del poeta es una voz nueva, voluntaria, necesariamente inconfundible. De ahí la dificultad, la llamada oscuridad del lenguaje poético.

La metáfora nos proporciona un ejemplo. Antiguamente se buscaba en la metáfora una ayuda a la comprensión, ya que por ella se iba de lo conocido a lo desconocido. En cambio, modernamente, la metáfora no compara, sino que crea. Así, se toma a la metáfora en su naturaleza esencial y en su función metafísica: desde el pleno sentido de la totalidad y de la fluencia del mundo. Hoy, la metáfora juega soberanamente el papel de palabra.

"En definitiva—dice Riba—, conviene que el poeta se deje llevar por la palabra." Ella surge, como el aliento, de nuestro ser físico más profundo y con las nociones, las imágenes y las ideas que conlleva, de las fuentes más íntimas del alma. Partiendo del sonido, acabará el poeta por encontrar el sentido; y si parte del sentido, de la idea, encontrará el sonido que la rehace poéticamente y la deja madura para la última y exclusiva realización de la palabra: la voz.

JOSÉ MARÍA CASTELLET